

8 AGOSTO 2010
DOM- 19C



Sb 18,6-9. Con una misma acción castigabas a los enemigos y nos honrabas llamándonos a ti.
Sal 32. Dichoso el pueblo a quien Dios escogió como heredad.
Hb 11,1-2.8-19. Esperaba la ciudad, cuyo arquitecto y constructor iba a ser Dios.
Lc 12,32-48. Estad preparados.

1. CONTEXTO

ESTAD PREPARADOS

En los evangelios de Mateo, Marcos y Lucas, aparecen una serie de discursos de Jesús acerca de la catástrofe que se avecina sobre el mundo. Son los llamados discursos «escatológicos» (del fin) o «apocalípticos» (de la revelación del fin). Tradicionalmente, han sido leídos como una descripción detallada de todo lo que sucederá el día del fin del mundo y han sido usados para sembrar el terror en personas ingenuas o hacer simplistas interpretaciones de las catástrofes que actualmente ocurren en el mundo.

Jesús no dio detalles sobre la vida del más allá, sobre el cielo, los ángeles o los demonios, como era habitual en el lenguaje apocalíptico de su tiempo. Tampoco hizo cálculos sobre el día del fin del mundo y evitó hacer una descripción de las diferentes etapas del drama apocalíptico. Cuando en los evangelios se habla de estos temas, lo que se está leyendo es el pensamiento de las primitivas comunidades

cristianas.

Saber cuándo será el fin del mundo ha preocupado a muchas generaciones de seres humanos. Jesús creyó que el fin del mundo injusto y la llegada del Reino de Dios eran inminentes. Su forma de proclamar el evangelio y de desafiar a las autoridades, la prisa que demuestran sus palabras, indican que él creyó que esa hora estaba cercana y que él mismo llegaría a verla. Esa urgencia de Jesús la heredaron los primeros cristianos, que vivieron durante el primer siglo de nuestra era pendientes del día del fin del mundo. Pablo tuvo que llamarles la atención en varias ocasiones (2 Tes 2, 1-7 y 3, 6-12), aunque también él estaba convencido de que el día final estaba ya cercano (1 Tes 13-18). Eran tiempos de duras persecuciones contra los cristianos, en las que miles fueron asesinados y las comunidades esperaban ansiosas el día de la liberación definitiva. En este contexto se escribió el Apocalipsis, último libro de la Biblia, una hermosa simbología sobre el fin de los tiempos destinada a consolar a los cristianos que sufrían la persecución del poder imperial de Roma.

Con muy variadas imágenes, los profetas hablaron de la cólera de Dios contra los injustos en el día final del mundo. Hablaron de guerras, desastres, dificultades sin cuento. Unos 200 años antes de Jesús comenzaron a emplear imágenes cósmicas -estrellas que caen, tierra que tiembla-, símbolos que también usó Jesús porque eran los habituales en su tiempo para describir la tremenda conmoción de los tiempos finales (Isaías 63, 1-6; Jeremías 6, 11-19; Daniel 9, 66-27; 12, 1-13; Joel 2, 1-11; Amós, 5, 14-20; Apocalipsis 19, 11-21).

Abundan también en la Biblia imágenes positivas que expresan que todo lo bueno del mundo conocido quedará y será transformado en “el cielo nuevo y la tierra nueva donde habitará la justicia” (2 Pedro 13). Son innumerables los textos proféticos que describen el futuro con símbolos de alegría y de fiesta. (Isaías 60, 1-22; 62 1-12; Amós 9, 11-15; Miqueas 4, 1-5; Sofonías 3, 14-20; Apocalipsis 21, 1-8; 22, 1-21).

El fin del mundo fue también comparado en la Biblia a un parto. Para que un nuevo ser nazca son necesarios tiempo, amor, paciencia, esperanza y en el momento decisivo, en las horas finales, esfuerzo y dolores tremendos. La imagen del parto la usaron los profetas (Isaías 66, 5-16) advirtiendo que el nacimiento de un nuevo pueblo no era cosa de un día y estaba lleno de dolores. La usó también Jesús (Juan 16, 19-23) y después de él Pablo (Romanos 8, 18-27), comparando toda la historia humana con el largo y penoso alumbramiento de una nueva sociedad. Según Pablo, en este parto ya ha asomado el niño, ya ha nacido la cabeza del hombre nuevo, que es Jesús. La humanidad, que es el cuerpo, nacerá tras él (Efesios 1, 22; 1 Corintios 12, 12 y 27).

2. TEXTOS

1ª LECTURA: SABIDURÍA 18, 6-9

La noche de la liberación se les anunció de antemano a nuestros padres, para que tuvieran ánimo, al conocer con certeza la promesa de que se fiaban.

Tu pueblo esperaba ya la salvación de los inocentes y la perdición de los culpables, pues con una misma acción castigabas a los enemigos y nos honrabas, llamándonos a ti.

Los hijos piadosos de un pueblo justo ofrecían sacrificios a escondidas y, de común acuerdo, se imponían esta ley sagrada: que todos los santos serían solidarios en los peligros y en los bienes; y empezaron a entonar los himnos tradicionales.

Este libro se escribió un siglo antes de Cristo para unas comunidades judías que se veían desorientadas en aquella sociedad, la helenística, tan orgullosa y prepotente de sí misma y con tantos destellos de conocimientos y de progreso que a muchos abandonaban su fe tradicional y se adaptaban a los nuevos valores.

El autor trata de dar cohesión y fuerza a su pueblo para que resistan firmes en la fe en medio de unas circunstancias que siempre se repiten (al igual que hoy): la soledad, la humillación, el nadar contracorriente, la persecución callada y constante. De ahí que intente centrar el momento presente en la historia de la salvación. Porque todo momento presente tiene un engarce con lo anterior. En el concepto bíblico del tiempo el pasado posee su propia identidad y se convierte en memoria, en tradición. El presente es compromiso, responsabilidad. El futuro es el ideal, el proyecto, la esperanza.

Desde el cap. 16 entra el libro en definir una serie de contrastes, -seis-, que recuerdan las plagas con que Dios castigó a los egipcios y la paralela protección que dispensó a los israelitas.

El relato de este domingo corresponde al **sexto contraste**: la muerte de los primogénitos y la liberación de los israelitas

SALMO RESPONSORIAL: SAL 32

R. Dichoso el pueblo que el Señor se escogió como heredad.

Aclamad, justos, al Señor, que merece la alabanza de los buenos. Dichosa la nación cuyo Dios es el Señor, el pueblo que él se escogió como heredad. **R.**

Los ojos del Señor están puestos en sus fieles, en los que esperan en su misericordia, para librar sus vidas de la muerte y reanimarlos en tiempo de hambre. **R.**

Nosotros aguardamos al Señor: él es nuestro auxilio y escudo; que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti. **R.**

2ª LECTURA: HEBREOS 11, 1-2. 8-19

Hermanos:

La fe es seguridad de lo que se espera, y prueba de lo que no se ve.

Por su fe, son recordados los antiguos.

Por fe, obedeció Abrahán a la llamada y salió hacia la a recibir en heredad. Salió sin saber a dónde iba.

Por fe, vivió como extranjero en la tierra prometida, habitando en tiendas - y lo mismo Isaac y Jacob, herederos de la misma promesa- mientras esperaba la ciudad de sólidos cimientos cuyo arquitecto y constructor iba a ser Dios.

Por fe, también Sara, cuando ya le había pasado la edad, para fundar un linaje, porque juzgó digno de fe al que se lo prometía.

Y así, de uno solo y, en este aspecto, ya extinguido, numeroso- como las estrellas del cielo y como la arena incontable playas.

Con fe murieron todos éstos, sin haber recibido lo prometido viéndolo y saludándolo de lejos, confesando que eran huéspedes y peregrinos en la tierra.

Es claro que los que así hablan están buscando una patria, añoraban la patria de donde habían salido, estaban a tiempo para volver. Pero ellos ansiaban una patria mejor, la del cielo.

Por eso Dios no tiene reparo en llamarse su Dios: porque parada una ciudad.

Por fe, Abrahán, puesto a prueba, ofreció a Isaac; y era lo que ofrecía, el destinatario de la promesa, del cual le había dicho Dios: «Isaac continuará tu descendencia.»

Pero Abrahán pensó que Dios tiene poder hasta para hacer resucitar muertos.

Y así, recobró a Isaac como figura del futuro.

La carta a los Hebreos, más que carta, al estilo de las otras de Pablo, nos dice Schökel, parece una homilía pronunciada ante unos oyentes o un escrito doctrinal que interpela a los lectores. Desde el principio se dudó de la autenticidad paulina. Muchas enseñanzas de Pablo están enunciadas en la carta, de ahí que se busque al autor entre los discípulos fieles de Pablo. Hay muchos puntos que difieren de la enseñanza de Pablo, como la concepción de la fe que hoy leemos.

La definición que da de la fe no es lo clara que cabría esperar. Parece que la fe de que habla el autor se parece más a la esperanza.

Para el autor, al igual que Pablo, Abrahán es un personaje favorito. La llamada hacia un destino desconocido, abandonando su patria. El fiarse de Dios que le prometía descendencia. La gran prueba del sacrificio de Isaac, que consistió en obedecer sin perder la esperanza.

La fe de Abrahán sigue siendo ejemplo para todo creyente en cualquier época. Abraham, lo mismo que los hebreos del siglo I, conoció la emigración, la ruptura respecto al medio familiar y nacional y la inseguridad de las personas desplazadas. Pero en esas pruebas encontró Abrahán motivo para ejercer un acto de fe en la promesa de Dios.

EVANGELIO: LUCAS 12, 32-48

En el fondo lo que latía en el corazón del rico necio era **el miedo al futuro**. En menor medida también nosotros tenemos preocupación por el futuro incierto. No está mal prever y en cierta medida asegurar el futuro de vejez. Pero, como todo en la vida, hasta cierto punto. El evangelio de hoy nos invita a **encauzar nuestra confianza**. Renunciando a la seguridad que da la riqueza se experimenta la que da el tener a Dios por rey y señor. El corazón tiene que estar centrado en Dios.

Os recomiendo que **empecéis a leer** el evangelio desde el 12,22. Estos versículos, que algunos echarán de menos por su importancia, nos lo ofrece la liturgia en su versión sinóptica de Mateo el Domingo 8^o-A.

12,32 No temas, pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha tenido a bien daros el reino.

Después de decirles a los discípulos "que no se preocupen de vuestra vida, qué comeréis, ni de vuestro cuerpo, qué ropa vestiréis... Buscad que El reino y eso se os dará por añadidura" (12,31). Con estas recomendaciones Jesús les indica, nos indica, que en el "**camino**" de la vida hay que fijar un objetivo claro y prioritario. Hay que buscar el alimento y el vestido, pero sin preocupaciones excesivas que hagan olvidar lo esencial. Ni la tradición cristiana, nos dice Bovon, ni Jesús, ni Lucas ni Mateo desprecian esos bienes necesarios para la vida en la tierra. Pero se trata de que tomemos conciencia de que dependen de Dios, es más, de aquel que es "vuestro Padre".

Una vez señalado el objetivo prioritario Jesús ofrece este mensaje de confianza. Habla a los suyos con todo afecto y ternura. Esas palabras entrañan la mejor garantía de asistencia y protección porque tiene delante a personas débiles. En el caso de los oyentes de Lucas pueden estar sometidos, además, a persecuciones. Su pequeñez es su grandeza; su impotencia, la seguridad de su victoria.

33-34 Vended vuestros bienes y dad limosna; haceos talegas que no se echen a perder, y un tesoro inagotable en el cielo, adonde no se acercan los ladrones ni roe la polilla. Porque donde está vuestro tesoro allí estará también vuestro corazón.

La limosna, subraya M. Laconi, es una invitación urgente de Lucas. El término en griego aparece una vez solo en Mateo, en un pasaje del Sermón de la montaña (6,2.3.4) para estigmatizar la generosidad ostentosa del "hipócrita" y contraponerle la auténtica generosidad del discípulo. Lucas utiliza el nombre dos veces (11,41; 12,33) pero con una gran novedad: esos dos versículos presenta un programa de vida para el discípulo. Y vuelve sobre el tema profusamente en los Hechos.

Para Fitzmyer el v.34: "*donde tengáis vuestra riqueza, tendréis el corazón*", **es el mejor resumen de la enseñanza de Jesús**. Todo lo material puede atraer de tal manera que desvíe el corazón del hombre de su verdadero destino.

35-38. Tened ceñida la cintura y encendidas las lámparas. Vosotros estad como los que aguardan a que su señor vuelva de la boda, para abrirle apenas venga y llame.

Dichosos los criados a quienes el señor, al llegar, los encuentre en vela; os aseguro que se ceñirá, los hará sentar a la mesa y los irá sirviendo.

Y, si llega entrada la noche o de madrugada y los encuentra así, dichosos ellos.

Jesús sigue hablando a la gente, que le rodea, a la que relata una nueva parábola que nos traslada a una gran casa, posiblemente en el campo, donde un criado espera la vuelta de su amo. Y mantiene una vigilancia constante: la cintura ceñida y encendida las lámparas. Las ropas largas y flotantes que se llevaban dentro de las casas palestinas dificultaban la labor, se recogían con cinturones, que por su material y forma designaba un oficio o categoría. El acto de ceñirse con un cinturón expresaba la total disponibilidad para cumplir una misión.

Encender las lámparas indica que no le importa velar de noche. Su cometido era, a la llegada de su señor, quitar la tranca que cerraba la puerta, dar de comer al amo si venía con hambre y precederle con la luz por la casa, para que encontrara el camino en la oscuridad.

Declara bienaventurados a los que encuentra en vela. Para ellos el amo se ceñirá a su vez, les sentará a la mesa y les servirá la comida. Un tema que se repite con bastante similitud en la escena del lavatorio de los pies en el evangelio de Juan (13,5). La imagen no es frecuente en la vida real, pero Jesús quiere sorprender para demostrar lo diferente que son el reino de Dios y sus normas, donde el servicio y no el poder, forman parte de la vida.

Como vemos en la dinámica del viaje se introduce un cambio de tema: la advertencia sobre **la vigilancia y la fidelidad**. Los discípulos son como unos criados que, en ausencia de su señor, deben seguir cumpliendo sus obligaciones, porque el amo puede presentarse de un momento a otro.

39-40 Comprended que si supiera el dueño de casa a qué hora viene el ladrón, no le dejaría abrir un boquete.

Lo mismo vosotros, estad preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del hombre.»

Acentúa el mismo tema desde otro punto de vista. La actitud vigilante se centra ahora en el amo de casa. Es él quien debe estar en guardia para impedir que entre el ladrón y le desvalije la casa. El "tiempo" juega como un factor sorpresa, que hace imposible cualquier medida de tipo preventivo.

Las casas palestinas, hechas de adobe, resultan fáciles de robar por el sistema del butrón, con lo que nos bastaba trancar las puertas y era preciso estar alerta al menor ruido.

La tardanza del amo en venir responde a la generación de Lucas que ya no espera una venida del Señor de forma inminente (parusía). Con todo, el espíritu de vigilancia debe permanecer, porque la tardanza no desmiente el hecho de la venida.

41-48 Pedro le preguntó:

- «Señor, ¿has dicho esa parábola por nosotros o por todos?»

El Señor le respondió:

- «¿Quién es el administrador fiel y solícito a quien el amo ha puesto al frente de su servidumbre para que les reparta la ración a sus horas?»

Dichoso el criado a quien su amo, al llegar, lo encuentre portándose así. Os aseguro que lo pondrá al frente de todos sus bienes.

Pero si el empleado piensa: "Mi amo tarda en llegar", y empieza a pegarles a los mozos y a las muchachas, a comer y beber y emborracharse, llegará el amo de ese criado el día y a la hora que menos lo espera y lo despedirá, condenándolo a la pena de los que no son fieles.

El criado que sabe lo que su amo quiere y no está dispuesto a ponerlo por obra recibirá muchos azotes; el que no lo sabe, pero hace algo digno de castigo, recibirá pocos.

Al que mucho se le dio, mucho se le exigirá; al que mucho se le confió, más se le exigirá.

La pregunta de Pedro refuerza la aplicación de la parábola. Y la respuesta es otra parábola. La primera parte de la respuesta es casi igual de lo dicho anteriormente (36-38), solo cambian los personajes: antes eran un grupo de criados; ahora un administrador "fiel y cuidadoso" del que se espera no solo disponibilidad y vigilancia sino un escrupuloso ejercicio de su administración que supone lealtad al dueño y prudencia en las decisiones.

Lo normal es que cumpla y sea responsable. Pero puede tentarle, con la tardanza del amo, la prepotencia y arrogancia. Las consecuencias de ese comportamiento son claramente previsibles: será castigado con severidad. Los dos factores importantes son el "tiempo y la conducta responsable".

3. PREGUNTAS...

1. No temas, pequeño rebaño...

LA TERNURA DE DIOS. Para mí también son estas palabras. El miedo que tanto me inunda y daño me hace no tiene razón de ser cuando Dios me tiene en la palma de sus manos.

¿Lo siento así?

2. Vended vuestros bienes y dad limosna;

EL CORAZON DESPRENDIDO. Hay mayor felicidad en dar que en recibir. Solo al que comparte se le agranda el corazón. Acercarse al que sufre y abrazar al distinto, es ir centrando el corazón en el evangelio. Es el tesoro escondido que hay que buscar.

¿Tendré que revisarme en algo, no?

3. Tened ceñida la cintura y encendidas las lámparas.

VIGILAR. MANTENER ALTA LA GUARDIA. Cuando hay que velar, la noche se hace larga y uno corre el

peligro de dormirse. Pero ¿qué ocurre cuando el centinela deja de vigilar? Que el enemigo toma la ciudad. El descuido de un instante puede significar la ruina. La vida es una guardia continua y el hastío es el sueño. La oscuridad son los problemas que llenan el corazón de tristeza. El enemigo es el poder, la violencia, la ambición, el egoísmo malsano... todo lo que nos destruye. La antorcha encendida es la prudencia y la exigencia personal. Jesús habla de un criado que está en vela, guardando la casa y esperando a su señor. Cumple con su deber aunque nadie lo vigila. Eso es mantener alta la guardia. Hacer lo que hay que hacer, cumplir con el deber, estar atento, no porque alguien nos vigila, sino porque uno se vigila a sí mismo.

4. Lo mismo vosotros, estad preparados...

EL SEÑOR LLEGA. No solamente cuando muramos. Cristo llega en cualquier momento de nuestra vida. Llega en los acontecimientos, en las personas, en las cosas, en su palabra escrita que leemos ahora..., llega siempre, pasa a nuestro lado en cada momento.

¿Hemos estado atentos? ¿Qué podemos hacer para estar en espera vigilante?

Primero: **no tener miedo.** El amor de Dios da consistencia a nuestra vida. Sin esa confianza básica, sin esa liberación al miedo, no es fácil esperar porque permanecemos prisioneros de nuestra propia búsqueda de seguridad.

Segundo: **ser "ligeros de equipaje".** Los bienes trastornan nuestra vida y tranquilidad, obsesionan nuestro corazón que tiende a ellos.

5. Dichoso el criado a quien su amo, al llegar, lo encuentre portándose así.

SOMOS SERVIDORES. La esencia del cristianismo es el servicio incondicional al prójimo hasta la muerte. De lo que llamamos 'nuestro' somos meros administradores, no propietarios; y como administradores debemos servir sin abusos ni egoísmos; cuanto más elevados estemos en el escalafón social, más exigente será el servicio que debemos prestar. Sólo así estaremos preparados para la vuelta del amo de la boda, imagen del reino definitivo, que se anticipa cada vez que celebramos la eucaristía.

EN RESUMEN: Las tres parábolas representan la condena de un estilo cristiano somnoliento, distraído, rutinario, apagado, cansado, creyendonos con todo hecho, al final del camino. Las parábolas constituyen una invitación a un compromiso inteligente, a un servicio diligente, a una apertura hacia lo imprevisible, a dejarse sorprender, a dejar brotar, desde dentro de nuestros miedos y temores, la "niña esperanza", como diría Peguy.

Es una invitación a la confianza, a ver la vida de un modo nuevo, a relativizarlo todo menos a Dios.

Juan García Muñoz (ingarcia@gmail.com)
Parroquia San Pablo. HUELVA. ESPAÑA
<http://www.escuchadelapalabra.com/>

42. Lc 12, 35-41: Dios llega sin avisar.

La noche es larga cuando hay que estar en vela y uno corre el peligro de dormirse. Pero ¿qué ocurre si el centinela deja de vigilar? Que el enemigo toma la ciudad. La vida es vigilancia y el hastío es el sueño. La oscuridad son los problemas que llenan el corazón de tristeza. La antorcha encendida es la fe.

A veces tenemos la impresión de que Dios está ausente, de que vive feliz en su mundo, de que se ha olvidado del nuestro. La tentación es pensar que es inútil esperar su vuelta. Y apagar la antorcha. Dormirse, olvidarse de él y del día que viene y creer que la noche es lo único que cuenta, que la noche es eterna.

Pero Dios llega sin avisar y lo hace con mucha discreción, de tal manera que el que no esté espabilado no se entera y dirá que no ha venido, cuando, en realidad, es que él no lo ha visto.

Si sales a la huerta y te dicen que las hortalizas han brotado por casualidad, dirás que no lo crees. Pero sales a la naturaleza y piensas que es posible que el universo entero sea un capricho del azar. Si no apagas la antorcha podrás ver la huella de Dios en cada flor que alegra el paisaje, en cada animal que rompe el silencio o el aire, en cada rayo de luz que te regala el sol, en cada hombre y mujer que te sale al paso en el camino de la vida, en cada alegría y en cada sufrimiento.

Es verdad que Dios viene, pero hay que estar despierto para verle.